

Huelva y América Cien años de Americanismo

Revista "La Rábida"

(1911-1933)

De corresponsales y colaboradores



Los que hacen LA RÁBIDA

Introducción.

Corresponsales y colaboradores de la revista "La Rábida"

Pilar Cagiao Vila
Universidad de Santiago de Compostela

Huelva y América: cien años de americanismo. Revista "La Rábida" (1911-1933): De corresponsales y colaboradores. Rosario Márquez Macías (editora).
Sevilla: Universidad Internacional de Andalucía, 2014. ISBN 978-84-7993-253-4. Enlace: <https://dspace.unia.es/handle/10334/3016>

Para comprender mejor el marco en el que se efectuaron las colaboraciones de diferentes autores a la revista *La Rábida*, publicación que desde 1911 y hasta 1933 operó como vocero de la *Sociedad Colombina Onubense*, resulta del todo necesario aproximarse al estado en el que se encontraban las relaciones culturales forjadas entre España y América durante el primer tercio del siglo XX. Y para ello, tampoco está de más echar la vista atrás con el fin de conocer, aunque sea muy someramente, la evolución previa de estas relaciones que hunden sus raíces en el mismo momento en el que, un siglo antes, se produce la secesión política de la mayoría de los países latinoamericanos que habían conformado el Imperio español.

Así pues, un recorrido sintético nos retrotrae a los días de las Independencias y, con ellas, a lo que el ensayista chileno Miguel Rojas Mix ha definido, con sumo acierto, como el primer hispanoamericanismo¹. Se trataba entonces de una corriente de carácter cultural que, con matices y variantes, se basaba sobre todo en el elemento lingüístico al que, sin embargo, se agregaba el componente político de enfrentarse al enemigo común que en ese momento era España. Este punto, sin duda, va a representar la diferencia más sustancial con el posterior hispanoamericanismo del siglo XX que es justo el que aquí interesa. Pero antes de llegar a él, bueno es señalar que las ideas radicales de los primeros tiempos de la postindependencia fueron dando paso a otras que durante largo tiempo estuvieron marcadas por sentimientos encontrados surgidos de la necesidad de definir la identidad/las identidades de los países americanos. Para bien o para mal, según los puntos de vista de la época, el peso de la herencia cultural acumulada durante más de tres siglos, tuvo traducción directa en las primeras formulaciones políticas en las que, por ejemplo, los conservadores defendían la idea de que superar el pasado resultaba imposible si no se disponía de la capacidad de asimilar su legado. Los pensadores más próximos a estas posiciones, por lo difícil que para esta época resulta establecer las fronteras entre unos y otros, aun defendiendo la originalidad de lo americano,

abogaban por respetar la tradición representada sobre todo en la lengua. Frente a ellos, los liberales señalaban que las pervivencias del pasado colonial español, consideradas como un lastre, resultaban tan extremadamente nocivas que era necesario erradicarlas de manera definitiva. Y, negando esa tradición invocada por sus oponentes, se erigían en defensores de la *civilización* frente a la *barbarie*, en una contraposición, sobradamente conocida, de marcado contenido anti-hispánico que tiñó a toda una generación de intelectuales de alcance continental. En términos generales, más adelante, y durante la etapa que se abre a partir de 1870, bajo criterios educativos, laicos y civilistas, las elites latinoamericanas hegemónicas, influidas por el positivismo científico, intentarían impulsar ideas de progreso sin que ello signifique que el panorama fuese absolutamente lineal y que no hubiese intelectuales tradicionalistas de inspiración católica que, oponiéndose al racionalismo imperante, continuasen reivindicando las raíces culturales hispánicas en su sentido más clásico como un valor que debía ser defendido a ultranza.

Por otro lado, y por lo que a España respecta, normalizadas las relaciones diplomáticas, tras las celebraciones que acompañaron a la conmemoración en 1892 del IV Centenario del Descubrimiento a las que, salvo excepciones obvias, concurrieron representantes de la mayoría de los países americanos, surgió una nueva conciencia acerca de las bases culturales de la identidad nacional. El proyecto de los intelectuales de la Restauración sostenía una idea de España como madre del conjunto de naciones hispánicas que se apoyaba en tres elementos claves: lengua, religión y raza –en un sentido más cultural que biológico–, cuya invocación, que contemplaba la importancia de lo americano en la cultura española, constituiría un elemento recurrente en buena parte de las ideologías posteriores formuladas entre finales del siglo XIX y primeras décadas del XX por las élites de las más variadas tendencias. En esto se coincidía plenamente con los presupuestos ideológicos de sus homólogas en América Latina que sentían además la necesidad de hacer frente, a través de una

orientación espiritual, a las influencias del emergente expansionismo norteamericano inclinando a ciertos sectores del pensamiento latinoamericano a sustituir la tradicional hispanofobia que había caracterizado a generaciones anteriores por una mayor identificación con los elementos más positivos de las raíces culturales hispánicas. Este cambio de tendencia, que comprometió a intelectuales adscriptos a distintas corrientes literario-culturales y de diferente talante ideológico, desembocó en una suerte de reconciliación con España que, a medida que fue materializándose, iría adoptando diferentes derroteros que atienden a la particular evolución tanto de los procesos históricos americanos como españoles.

Un punto importante de inflexión fue el que se derivó de los sucesos de 1898. De hecho, en un estudio ya clásico, F. B. Pike señalaba que cuando Rubén Darío denunció en España en el mismo año del *Desastre* la amenaza que suponía la expansión norteamericana, algunos intelectuales españoles vieron en ella los signos de un reconocimiento hispanoamericano que, por extensión, dignificaba al país ante el nuevo imperialismo estadounidense.² Las imágenes captadas por el poeta nicaragüense en esta segunda estancia en tierra española –la primera había tenido lugar en 1892 con motivo de haber ostentado la representación de su país precisamente en los actos conmemorativos del IV Centenario– revelaban, a juicio de cierto medio de la época, una actitud solidaria en un momento de profundo pesimismo³. Momento que, además de los evidentes efectos políticos, tendría extraordinaria repercusión en las relaciones culturales entre España y América durante los años subsiguientes. Porque la guerra que derivada del conflicto cubano por la independencia enfrentó a España y Estados Unidos para América Latina, además de la polarización de posiciones, tuvo consecuencias culturales sumamente importantes hasta el punto de provocar reacciones en sectores de su intelectualidad que vivieron la agresión a España por parte de los Estados Unidos como algo propio. Desde ese momento, la reflexión general giró en torno al papel que desde

entonces deberían y podrían jugar en el terreno político y cultural tanto la nueva potencia emergente –a la que paradójicamente se admiraba y temía a la vez– como España y la propia región latinoamericana que sentía profundamente herida su “americanidad” entonces reivindicada como exclusiva por el coloso del Norte.⁴

En definitiva, el fin indiscutible del caduco imperialismo ibérico ponía término a una etapa de diferencias con América Latina y abría paso a la posibilidad de un reencuentro a través de la herencia cultural común que estaba teñido de un sentimiento de solidaridad y simpatía hacia España y que habría de plasmarse en distintas manifestaciones intelectuales que dan fe de este acercamiento. En este sentido, por ejemplo, tal y como ha sido señalado en numerosas ocasiones, no se puede desdeñar el impacto que supuso la publicación en 1900 del *Ariel* (1900) del uruguayo José Enrique Rodó –obra en la que se oponían los valores espirituales latinos frente al materialismo sajón– tanto entre la intelectualidad latinoamericana como en la española de entonces que, en aquel momento, lo interpretó como una señal evidente de la reconciliación entre España y América en la que, como elemento fundamental, se compartían los presupuestos regeneracionistas de las élites burguesas de ambas orillas.⁵ La toma de conciencia en esta dirección por parte de los sectores intelectuales, como subrayaría el ensayista dominicano Pedro Henríquez Ureña⁶, haría coincidir el *arielismo* rodoísta, que llegaría a tener verdadera proyección continental, con el regeneracionismo español, confluyendo en una nueva corriente que, por distinguirse de la de idéntica denominación pero de diferente tendencia surgida en el siglo XIX, como se dijo más atrás, sería denominada como segundo hispanoamericanismo.

Bajo una formulación un tanto ambigua en sus comienzos, este nuevo movimiento que hermanaba culturalmente a la ex metrópoli con sus antiguas colonias y que comprendía las relaciones culturales, espirituales y diplomáticas, sin olvidar los intercambios económicos tan beneficiosos para España como para los países la-

tinoamericanos, alcanzaría otro de sus momentos estelares en torno a las conmemoraciones de los Centenarios de las Independencias, celebrados en diferentes momentos entre 1909 y 1930 y para los que el panorama expuesto supuso un óptimo caldo de cultivo.⁷ El hispanoamericanismo se vería además propiciado por políticas instrumentadas desde diferentes instituciones públicas y privadas de ambas orillas del Atlántico. Y además, y quizás sobre todo, en lo cultural, se alimentaría sobremanera con los diversos intercambios establecidos por la cantidad de intelectuales y viajeros, de una y otra orilla, cuyas movilidades permanentes en las primeras décadas del siglo XX mantuvieron vivos los vínculos relativos al quehacer intelectual, así como la trasmisión de imágenes derivada de sus experiencias llevada a sus sociedades de origen. Por otra parte, no se puede olvidar tampoco el valor que para el sustento de esta corriente hispanoamericanista supuso la presencia de una nutrida emigración peninsular –y sobre todo de la acción llevada a cabo por sus élites– radicada por entonces en América. Aunque con papeles distintos, el asociacionismo español en los países latinoamericanos, a través de sus líderes étnicos, así como la profusión de entidades de vocación americanista existentes a esta altura en la Península –de las que la *Sociedad Colombina Onubense* fue pionera en el tiempo– junto con la publicística creada por ambos modelos societarios y algunos medios de la prensa independiente, actuaron como punta de lanza indiscutible de este movimiento.

Y de todo ello se proporcionan buenos ejemplos las páginas que siguen a continuación y que acometen algunas de las colaboraciones más importantes que recibió a lo largo de su andadura *La Rábida: Revista Colombina Iberoamericana*.⁸ Cabe aventurar acerca de los elementos que animaron a la *Sociedad Colombina Onubense*, y muy especialmente a su presidente José Marchena Colombo, a dar a la luz a este órgano de expresión justo en julio de 1911. Algunos de ellos estaban sin duda relacionados con ciertos acontecimientos del año anterior. El envío apresurado, pero exitoso, de su

vicepresidente, el pedagogo Manuel Siurot, como delegado de la entidad a los fastos del Centenario de la Revolución de Mayo en la Argentina, integrándolo en la propia comitiva de la Infanta Isabel de Borbón, y lo que ello significó, fue un tanto que la *Colombina* apuntó en su haber frente a la emergencia de otra asociación onubense de más modesto talante, el *Club Palósfilo*, que de algún modo comenzaba a disputarle protagonismo en la actividad americanista desarrollada en los ámbitos más próximos.⁹ El regreso de Siurot de Buenos Aires, recibido en Huelva como un verdadero héroe, fue seguido de inmediato por la conmemoración del 3 de Agosto, fecha emblemática para la *Sociedad Colombina Onubense* desde su fundación en 1880, con la feliz coincidencia del arribo al puerto de Huelva del crucero argentino *Río de la Plata*, lo que, sumado a las bendiciones de la poderosa *Unión Ibero-Americana* de Madrid, que envió a su vicesecretario a los actos, proporcionó a las fiestas celebradas por la entidad un realce especial. Henchida de satisfacción, la *Colombina* intentaba por todos los medios proyectarse además en los círculos más amplios del panorama americanista nacional, al que pocos meses atrás de la aparición de la revista *La Rábida*, en marzo de 1911, se había añadido la creación formal de la *Casa de América* de Barcelona, con la que los puntales del americanismo catalán retaban, desde la periferia, como otras instituciones¹⁰, a la *Unión Ibero-Americana* de Madrid, veterana asociación fundada tras la onubense, en la penúltima década decimonónica y de la que hacía poco se acababa de desgajar otra entidad denominada *Centro de Cultura Hispanoamericana*. De toda esta amplitud de iniciativas tendentes a intensificar las relaciones con los países latinoamericanos y de la actividad por ellas desarrollada, a través de la cual todas y cada una buscaban su propio espacio de actuación, daba cuenta la primera entrega con la que *La Rábida* hacía su puesta de largo y en la que, además, se anunciaban eventos tan importantes para el credo americanista como la celebración del próximo 12 de Octubre, que ese año acarrearía más de un problema entre algunas de las instituciones men-

cionadas. Y, por si fuera poco, en este número alboral de *La Rábida*, se comunicaba a través de la pluma del mismísimo Rafael María de Labra, autoridad moral indiscutida para todas ellas, la conmemoración a un año vista del Centenario de las Cortes de 1812¹¹ –acontecimiento que brindaría una nueva oportunidad de protagonismo al movimiento hispanoamericanista– de la mano de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz, otra de las nuevas entidades del americanismo andaluz. Por todas estas razones, para hacer oír su voz en medio de este complejo panorama, y para escucharse a sí misma, la *Colombina* necesitaba su propio medio de expresión. A mayores de todo ello, estaba por supuesto el ideal vertido en la declaración de intenciones que figuraban en el editorial de su primer número de 26 de julio de 1911.¹²

Bajo este paraguas amplio que fue el hispanoamericanismo, de sus logros concretos, cuando los hubo, y de su retórica altisonante, que también abundó, así como de las derivaciones que lo conducirían desde presupuestos liberales progresistas al hispanismo conservador de derechas que ya se anuncia en la década de los veinte, *La Rábida* y sus colaboradores, en la selección efectuada entre la amplia nómina de quienes la hicieron posible y que aquí está representada por cuatro autores onubenses residentes dentro (Manuel Siurot Rodríguez, Tomás Domínguez Ortiz y José Jiménez Barberí) y fuera (Rómulo de Mora) de la *patria chica*; dos españoles emigrados (Rafael Calzada y Joaquín Fernández Pesquero); un argentino (Manuel Ugarte); un mexicano (Rodolfo Reyes Ochoa) y un puertorriqueño (Vicente Balbás y Capó), constituyen un magnífico botón de muestra.

Notas

(1) Rojas Mix, Miguel. *Los cien nombres de América*, Barcelona, Lumen, 1991, p.63 y ss.

(2) Pike, Frederick B. *Hispanismo, 1898-1936: Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*, Nôtre Dame, 1971.

(3) Gutiérrez Lasanta, Francisco. *Rubén Darío: el poeta de la hispanidad*, Zaragoza, Talleres Editoriales "El Noticiero", 1962, pp. 7-8.

(4) Zea, Leopoldo. "1898, Latinoamérica y la reconciliación iberoamericana" en Leopoldo Zea y Mario Magallón, *1898 ¿desastre o reconciliación?*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2000, pp. 7-19.

(5) Niño Rodríguez, Antonio. "Hispanoamericanismo, regeneración y defensa del prestigio nacional (1898-1931)" en Pedro Pérez Herrero y Nuria Tabanera (coords.) *España/América latina: un siglo de políticas culturales*, Madrid, Monografías AIETI/SÍNTESIS-OEI, 1992, pp. 26-27.

(6) Heriquez Ureña, Pedro. *La Utopía de América*, Caracas, Ayacucho, 1978.

(7) Cagiao Vila, Pilar. "Miradas españolas a las celebraciones de los centenarios de la independencia: así lo contó la prensa" en Pilar Cagiao Vila y José María Portillo Valdés (coords.) *Entre Imperio y Naciones. Iberoamérica y el Caribe en torno a 1810*, Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico, 2012, pp. 459-484.

(8) Márquez Macías, Rosario (ed.). *Huelva y América. Cien años de Americanismo. Revista "La Rábida" (1911-1933)*, Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2011.

(9) Cagiao Vila, Pilar y Márquez Macías, Rosario. "Iniciativas locales en torno al Centenario: Huelva y la Argentina", *SEMATA, Ciencias sociales e humanidades*, 2012, vol. 24, pp. 375-394.

(10) Dalla Corte, Gabriela y Prado, Gustavo H. "La Universidad de Oviedo y la Casa de América de Barcelona. La pluralidad del americanismo español en el contexto del Primer Centenario de las Independencias" en Pilar Cagiao Vila y Eduardo Rey Tristán (eds.) *De ida y vuelta. América y España: los caminos de la cultura*. Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones de la Universidad Santiago de Compostela, 2007, pp. 321-332.

(11) Moreno Luzón, Javier., "Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz" en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 52, 2004, pp. 207-236.

(12) "Nuestro propósito", *La Rábida. Revista Colombina*, Año I, núm. 1, Huelva, 26 de julio de 1911, p. 1.